

¿QUÉ MUNDO DEJAMOS A NUESTROS HIJOS?

Me escribe un amigo diciendo que está muy preocupado por el futuro de sus nietos.

Que no sabe qué hacer: si dejarles herencia para que estudien o gastarse el dinero con su mujer y que "Dios les coja confesados". Lo de que Dios les coja confesados es un buen deseo, pero me parece que no tiene que ver con su preocupación.

En muchas de mis conferencias, se levantaba una señora (esto es pregunta de señoras) y dice esa frase que me a mí me hace tanta gracia: "¿qué mundo les vamos a dejar a nuestros hijos?" Ahora, como me ven mayor y ven que mis hijos ya están crecidos y qué se manejan bien por el mundo, me suelen decir "¿qué mundo les vamos a dejar a nuestros nietos?"

Yo suelo tener una contestación, de la que cada vez estoy más convencido: "¡y a mí, ¿qué me importa?!"

Quizá suena un poco mal, pero es que, realmente, me importa muy poco.

Yo era hijo único. Ahora, cuando me reúno con los otros 64 miembros de mi familia directa, pienso lo que dirían mis padres, si me vieran, porque de 1 a 65 hay mucha gente. Por lo menos, 64.

Mis padres fueron un modelo para mí. Se preocuparon mucho por mis cosas, me animaron a estudiar fuera de casa (cosa fundamental, de la que hablaré otro día, que te ayuda a quitarte la boina y a descubrir que hay otros mundos fuera de tu pueblo, de tu calle y de tu piso), se volcaron para que fuera feliz. Y me exigieron mucho.

Pero qué mundo me dejaron? Pues mirad, me dejaron:

1. La guerra civil española
2. La segunda guerra mundial
3. Las dos bombas atómicas
4. Corea
5. Vietnam
6. Los Balcanes
7. Afganistán
8. Irak
9. Internet
10. La globalización



Y no sigo, porque ésta es la lista que me ha salido de un tirón, sin pensar. Si pienso un poco, escribo un libro.

¿Vosotros creéis que mis padres pensaban en el mundo que me iban a dejar? ¡Si no se lo podían imaginar!

Lo que sí hicieron fue algo que nunca les agradeceré bastante: intentar darme una muy buena formación. Si no la adquirí, fue culpa mía.

Eso es lo que yo quiero dejar a mis hijos, porque si me pongo a pensar en lo que va a pasar en el futuro, me entrará la depre y además, no servirá para nada, porque no les ayudaré en lo más mínimo.

A mí me gustaría que mis hijos y los hijos de ese señor que me ha escrito y los tuyos y los de los demás, fuesen gente responsable, sana, de mirada limpia, honrados, no murmuradores, sinceros, leales. Lo que por ahí se llama "buena gente".

Porque si son buena gente harán un mundo bueno.

Por tanto, menos preocuparse por los hijos y más darles una buena formación: que sepan distinguir el bien del mal, que no digan que todo vale, que piensen en los demás, que sean generosos...

En estos puntos suspensivos podéis poner todas las cosas buenas que se os ocurran.

Al acabar una conferencia la semana pasada, se me acercó una señora joven con dos hijos pequeños. Como también aquel día me habían preguntado lo del mundo que les vamos a dejar a nuestros hijos, ella me dijo que le preocupaba mucho qué hijos íbamos a dejar a este mundo.

A la señora joven le sobraba sabiduría, y me hizo pensar. Y volví a darme cuenta de la importancia de los padres. Porque es fácil eso de pensar en el mundo, en el futuro, en lo mal que está todo, pero mientras los padres no se den cuenta de que los hijos son cosa suya y de que si salen bien, la responsabilidad es un 97% suya y si salen mal, también, no arreglaremos las cosas. Y los Gobiernos se agotarán haciendo Planes de Educación, quitando la asignatura de Filosofía y volviéndola a poner, añadiendo la asignatura de Historia de mi pueblo (por aquello de pensar en grande) o quitándola, diciendo que hay que saber inglés y todas estas cosas.

Pero lo fundamental es lo otro: los padres. Ya sé que todos tienen mucho trabajo, que las cosas ya no son como antes, que el padre y la madre llegan cansados a casa, que mientras llegan, los hijos ven la tele basura, que lo de la libertad es lo que se lleva, que la autoridad de los padres es cosa del siglo pasado. Lo sé todo. TODO. Pero no vaya a ser que como lo sabemos todo, no hagamos NADA

Leopoldo Abadía

ERA TAN POBRE...

Un poeta, Luis Rosales, ha escrito: «Mi madre era tan pobre que, como no tenía nada que darme... me llenó la cara de besos... y se puso a llorar». La madre siempre da lo mejor de sí misma.

Sociedad deshumanizada, en la que hay niños que oyen hablar a ciertas personas de aborto y no se les habla, en cambio, de las madres que han permanecido y permanecen durante meses en la cama, para que el niño que llevan en sus entrañas no se malogre y nazca. Es conveniente realzar la figura de la madre que, con su presencia, hace más humano nuestro caminar.



ENCUENTRO CON DIOS

Un monje llamado Demetrio recibió un día una orden tajante: debía encontrarse con Dios al otro lado de la montaña en que vivía, antes de que se pusiera el sol. El monje se puso en marcha precipitadamente, y se lanzó montaña arriba.

Pero a mitad de camino se encontró a un herido que pedía socorro. Casi sin detenerse, el monje le explicó que no podía pararse, porque Dios le esperaba al otro lado de la cima, antes del crepúsculo. Le prometió que volvería en cuanto atendiese a Dios. Y continuó su precipitada marcha.

Cuando Demetrio llegó a la cima de la montaña sus ojos se pusieron a buscar a Dios. Pero no le encontró: Dios se había ido a ayudar al herido que horas antes se había cruzado en su camino. Hay, incluso, quien dice que Dios era el mismo herido que le pidió ayuda.

TRISTEZA Y TRISTEZAS

Es increíble la capacidad de ciertos organismos para sobrevivir en las situaciones más difíciles. También los hombres sanos tienen una fuerte vitalidad. Pensemos en los que han conseguido volver sanos y salvos a casa después de la prisión o del campo de concentración.

También en la vida espiritual existe esta gran fuerza. Pero se manifiesta también de forma negativa, con el hambre espiritual o la tristeza, por ejemplo cuando se ha hecho una opción de vida equivocada.

Hay varios tipos de tristeza. La más común viene por causas banales y se puede reparar. Si se está descontento por un cierto tipo de cocina, se puede ir a comer a otro sitio; si se está descontento del propio trabajo, se puede tratar de cambiarlo.

También existe una tristeza que hoy se llama depresión, y que lleva al hombre a romper las relaciones humanas: con los amigos, con la familia, con quienquiera, y es una tristeza que puede destruir totalmente la existencia.

Después, hay una tristeza que tiene un valor positivo: el descontento de sí, que induce a revisar la propia vida. El evangelio la llama conversión, penitencia, y le confiere un poder milagroso.

DEBO CONVERTIRME YO

Un caballero se quejaba a San Pedro de Alcántara (1499-1567):

-«Qué mal anda el mundo, esto no se parece nada a lo que era, se ha perdido el sentido del honor, esto parece el reino de los sinvergüenzas, de los corruptos!».

Pedro escuchó con respeto y, sin perder la paz, le contestó:

-«Se me ocurre, señor, que si usted y yo nos esforzamos mañana en ser un poquito mejores que hoy, habremos contribuido a que en el mundo haya dos pecadores menos. ¿Empezamos?».

LA FLOR DE LA ALEGRÍA

Dice una leyenda india: En el jardín de la humanidad florecían muchas flores, pero faltaba la más hermosa, la flor de la alegría. Un día llegó al jardín un peregrino extranjero; vio que los hombres sufrían, se conmovió y les dijo: «Allá arriba, en la cumbre de la montaña, cubierta eternamente de nieve, florece una flor maravillosa; quien consiga traerla al valle y plantarla en su jardín, verá desaparecer todas sus preocupaciones». Desde aquel día los hombres sentían nostalgia de aquella flor. «Hemos de ir» -se decían. El rey fue el primero que se puso en camino. Pero... la corona le pesaba demasiado y pronto se cansó y regresó. Salió luego un guerrero, pero... no vio la flor, porque era demasiado insignificante para sus ojos. Después de él quiso un sabio buscar la flor, pero... apenas se había puesto en camino, le asaltaron miles de dudas y de pensamientos. Y.. un día, un niño llegó con la flor de la alegría. Se había extraviado. Con sus ojos puros había visto sin más ni más la flor en el camino, y pensó: «Llevaré esta florecita a mi madre y se alegrará».

Sólo encuentra la alegría y la felicidad el que la busca... para los demás.

«OPTAR POR LA ETERNIDAD Y NO POR LA MENTIRA»

Simone Weil afirmaba de su vida:

"He amado la verdad más que la vida he optado por la eternidad y no por la mentira".

Vladimir Ghika afirmaba sobre los mentirosos: "Por el solo hecho de que allí, en el Cielo es imposible toda mentira, es por eso que el Cielo es ya inimaginable para los que mienten en la tierra, o sea los mentirosos son incapaces de imaginar la posibilidad de Cielo".

El gran Aristóteles, uno de los hombres más grandes que han existido sobre la tierra, afirmaba: "Disimular una falta, un error con una mentira, es como quien quiere reemplazar una mancha por un agujero". Lo destruye todo.

El escritor Merimée afirmaba: "Si tuviésemos un corazón tan delicado, tan sensible como el oído, sentiríamos, percibiríamos la mentira, como una nota falsa, como una gran estridencia".

"Los hombres de hoy buscan su verdad, en lugar de buscar la verdad. Ésta es la única explicación del drama que nos ha tocado vivir", ha testificado Marcel Lobet.

Beethoven lo tenía muy claro: "Hacer todo el bien que podamos y, aunque fuera para conseguir un trono, no traicionar jamás a la verdad".

J. M. Alimbau